VII.

Llegado á la meseta del primer piso, Juanelo, vacilante, aturdido, se detuvo y permaneció unos cortos instantes como petrificado; tenia miedo de sí mismo y de lo que iba á pasar. Cien mil ideas se sucedieron una tras otra en su imaginacion durante un minuto. ¿Se contentaria con pisotear á su rival hasta hacerle exhalar su último aliento? ¿Mataria á Melitona, ó pondria fuego á la casa? Fluctuaba entre un sin fin de proyectos insensatos, horribles, tumultuosos. En un momento de razon estuvo á punto de volverse, y áun llegó á poner el pié en el último escalon que acababa de subir; pero los celos clavaron de nuevo su emponzoñado dardo

en el corazon del desdichado, y, en vez de bajar, continuó subiendo la tortuosa y derruida escalera.

Verdaderamente, hubiese sido difícil hallar una naturaleza más robusta que la de Juanelo; un cuello redondo como una columna y fuerte como una torre sostenia su potente cabeza sobre sus atléticos hombros; nervios de acero se entrecruzaban sobre los músculos de sus brazos; su pecho hubiese desafiado á los pectorales de mármol de los gladiadores antiguos; con una sola mano era capaz de arrancar el cuerno de un toro, y, sin embargo, la violencia del dolor moral abatia toda esta fuerza física. El sudor bañaba sus sienes; sus piernas se doblaban bajo él; la sangre subia á su cabeza á grandes oleadas, y llamas ardientes brotaban de sus ojos. Más de una vez tuvo que apoyarse sobre el pasamanos para no caer y rodar como un cuerpo inerte á lo largo de la escalera; tanto era lo que sufria su alma.

A cada peldaño que salvaba repetia, bramando como un leon calenturiento:

—¡En su habitacion!... ¡En su habitacion!... Y maquinalmente abria y cerraba su larga navaja de Albacete, que habia sacado de entre su faja.

Llegó, por fin, delante de la puerta, y allí, conteniendo la respiracion, se puso á escuchar.

Todo estaba tranquilo en el interior de la habitacion, y Juanelo no oyó más que el murmullo de su sangre al correr por las arterias, y los sordos latidos de su corazon.

¿Qué pasaba en aquella habitacion silenciosa, detrás de aquella puerta, débil muralla que le separaba de su enemigo? Melitona, compasiva y tiernamente inquieta, se inclinaba sobre el lecho del herido para espiar su sueño y calmar sus sufrimientos.

—¡Oh! se dijo, si yo hubiese sabido que no se necesitaba más que una puñalada en el pecho para agradarte y enternecerte, no á él, sino á mí mismo me la hubiese dado; en ese funesto combate me hubiera descubierto expresamente para caer moribundo delante de tu casa! ¡Pero, quizás, entonces me hubieras dejado retorcerme sobre el suelo sin socorrer mi agonía, porque no soy un señorito de guantes blancos y frac azul!

Esta idea despertó de nuevo todo su furor, y llamó violentamente.

Andrés se extremeció sobre su cama. Melitona, que estaba sentada á la cabecera, se levantó de un brinco, como impulsada por un resorte; la tia Aldonza se puso verde, é hizo la señal de la cruz besando el pulgar.

El golpe habia sido tan breve, tan fuerte, tan imperativo, que no habia medio de no abrir. Otro golpe como aquel, y la puerta caia abajo.

Así es como llaman los convidados de piedra, los espectros que con nada pueden ahuyentarse, todos los séres fatales que se presentan en los desenlaces: la Venganza con su puñal, la Justicia con su espada.

La tia Aldonza abrió el ventanillo con mano temblorosa, y á través de la rejilla apercibió la cabeza de Juanelo.

La cabeza de Medusa, pálida y coronada por su cabellera viperina y verdosa, no hubiese producido un efecto más terrible sobre la pobre vieja; quiso llamar, pero ningun sonido pudo emitir su seca garganta; se quedó con los dedos encogidos, las pupilas fijas y la boca abierta para gritar, como si se hubiese convertido en piedra.

Es verdad que la fisonomía del torero no tenia nada de tranquilizadora; una aureola rojiza rodeaba sus ojos; estaba lívido, y sus mejillas, abandonadas por la sangre, que toda habia afluido á su corazon, formaban dos manchas blancas en medio de su palidez; sus narices dilatadas se movian como las de las fieras al husmear su presa; sus dientes mordian su lábio inferior hasta el punto de en-

clavarse en ellos. Los celos, el furor y la venganza combatian sobre aquella alterada fisonomía.

—¡Vírgen de la Almudena! murmuró la vieja; si nos salvais de este peligro, os ofrezco haceros una novena y regalaros un cirio de seis libras adornado de flores.

Por muy valiente que Andrés fuese, no pudo menos de experimentar ese sentimiento de malestar que los hombres de más valor sienten en presencia de un peligro ante el cual son impotentes; extendió maquinalmente la mano como para buscar algun arma.

Viendo que no le abrian, apoyó Juanelo el hombro derecho contra la puerta y empujó con fuerza; crugió la madera y las hojas empezaron á desprenderse de los goznes produciendo un estridente chirrido.

Melitona, colocándose delante de Andrés, dijo con voz firme y tranquila á la vieja, loca de terror:

—Abra V., Aldonza, yo lo mando.

Aldonza tiró del cerrojo y, arrimándose á la pared, atrajo hácia sí la hoja de la puerta, como hace el mozo del toril al dar libertad á un cornúpeto de Gaviria ó de Colmenar.

Juanelo, que esperaba más resistencia, entró

lentamente, un poco desconcertado por no haber hallado obstáculos. Pero una mirada que dirigió sobre Andrés, acostado en la cama de Melitona, le volvió toda su cólera.

Cogió la hoja de la puerta, á la cual se hallaba aferrada la tia Aldonza, que creia haber llegado su última hora, y la cerró á pesar de los esfuerzos de la pobre mujer; despues se apoyó de espaldas contra la puerta y cruzó los brazos sobre el pecho.

—¡Dios mio! murmuró la vieja castañeteando los dientes; nos va á matar aquí á los tres. ¡Si yo pudiera pedir socorro desde la ventana!...

Y dió un paso hácia aquel lado. Pero Juanelo, adivinando su intencion, la cogió por el vestido y, con un brusco movimiento, la volvió á pegar á la pared con un pedazo de zagalejo menos.

—¡Bruja, no intentes gritar, ó te retuerzo el pescuezo como á una gallina y te hago dar tu alma al diablo! No te pongas entre mí y el objeto de mi cólera ó te aplastaré en mi camino.

Y diciendo esto, señalaba á Andrés, débil y pálido, que hacia esfuerzos por levantar la cabeza de su almohada.

La situacion era horrorosa; esta escena no habia hecho ningun ruido que pudiera haber alarmado á los vecinos. Y por otra parte, contenidos

los vecinos por el terror que inspiraba Juanelo, se hubiesen encerrado más bien en su casa que tratar de intervenir en semejante debate; ir á buscar á la policía, ó á la fuerza armada, exigia mucho tiempo; era preciso prevenir á alguno de fuera, pero no habia medio; ni áun siquiera se podia soñar en escapar de la fatal habitacion.

Así es que el pobre Andrés, herido y debilitado por la pérdida de sangre, sin arma é imposibilitado de hacer uso de ella aunque la hubiese tenido, se hallaba á merced de un bruto, ébrio de celos y de rabia, sin humano medio de defensa; y todo esto porque habia mirado el perfil de una linda manola en la corrida de toros. Séanos permitido creer que en aquel momento echaba de menos el piano, el té y las costumbres prosáicas de la civilizacion. Sin embargo, dirigió una tierna mirada á Melitona, como para suplicarle no intentase una lucha inútil, y la halló tan radiante de belleza en medio de la palidez de su espanto, que no sintió el haberla conocido áun á tal costa.

Estaba en pié, con una mano apoyada sobre el borde de la cama de Andrés, que parecia querer defender, y la otra extendida en direccion á la puerta con ademan de suprema majestad.

—¿Qué viene V. á hacer aquí, asesino? dijo á

Juanelo con voz vibrante; ¡en donde viene V. á buscar un amante, no hay sino un herido! Retírese usted inmediatamente. ¿No teme V. ver abrirse la herida en su presencia? ¿No tiene V. bastante con matar? ¿Quiere todavía *asesinar*?

La jóven acentuó esta palabra de un modo singular, y la acompañó con una mirada tan profunda, que Juanelo se turbó, enrojeció, palideció, y su fisonomía, de feroz, se tornó inquieta. Despues de un minuto de silencio dijo, con voz entrecortada:

—Júrame por tu alma y por la Vírgen del Pilar, por tu padre, que fué un valiente, y por tu madre, que fué una santa, que no amas á ese jóven, y me retiro en seguida.

Andrés esperó con ansiedad la respuesta de Melitona.

Pero la manola no respondió.

Sus largas pestañas negras se bajaron sobre sus mejillas, que coloreaba un imperceptible rubor.

Por más que este silencio podia ser la sentencia de muerte de Andrés, que habia esperado con viva ansiedad la respuesta de Melitona, sintió su corazon inundado de una satisfaccion indecible.

—Si no quieres jurar, continuó Juanelo, afírmalo simplemente. Te creeré; tú no has mentido nunca;

pero no, guardas silencio, es preciso que le mate... Y se encaminó hácia la cama, con su navaja abierta... ¡Le amas!

—¡Y bien! sí, exclamó la jóven con ojos centelleantes y voz temblorosa por una cólera sublime. Si debe morir por mi causa, que sepa al menos que le amo, que lleve consigo esta palabra, que será su recompensa y tu suplicio.

Juanelo, de un salto, se puso al lado de Melitona, cuyo brazo estrechó con fuerza.

—No repitas lo que acabas de decir, ó no respondo de mí, y clavándote mi navaja en el corazon, te arrojo sobre el cuerpo de ese muñeco.

—¿Qué me importa? dijo la valerosa jóven. ¿Crees tú acaso que yo viviria si él muriese?

Andrés, haciendo un supremo esfuerzo, procuró incorporarse sobre la cama. Quiso gritar, y una rojiza espuma subió á sus lábios; se le habia abierto la herida. Su cabeza volvió á caer desvanecida sobre la almohada.

—Si no sales de aquí, dijo Melitona viendo á Andrés en este estado, creeré que eres un vil, un infame y un cobarde; creeré que podias haber salvado á Dominguez cuando el toro se arrodilló sobre su pecho, y que no lo hiciste porque estabas ruinmente celoso.

—¡Melitona! ¡Melitona! está V. en su derecho al odiarme, por más que mujer alguna ha sido amada con la pasion con que yo la amo á V.; pero no tiene usted motivo para despreciarme. ¡Nada en el mundo podia salvar á Dominguez de la muerte!

—Si no quiere V. que le mire como á un asesino, salga V. en seguida.

—Sí, esperaré á que esté curado; respondió Juanelo con tono sombrío; ¡cuídele V. bien!... He jurado que, mientras yo viva, no ha de ser V. de nadie.

Durante este debate, la vieja, entreabiendo la puerta, habia cundido la alarma por la vecindad y pedido auxilio.

Cinco ó seis hombres se precipitaron sobre Juanelo, que salió de la casa escoltado por media docena de *muchachos* que se agarraron imprudentemente á sus dos brazos; los sacudió y los arrojó contra la pared, como hace el toro con los perros, sin que ninguno pudiese morderle ni detenerle.

Despues se internó con paso tranquilo en el dédalo de calles que rodean la plaza de Lavapiés.

Esta escena agravó el estado de Andrés, que fué acometido de una violenta fiebre, acompañada de delirio, que le duró todo el dia, toda la noche y gran parte del dia siguiente. Melitona le veló con la más delicada y amorosa solicitud.

Durante este tiempo, Argamasilla y Covachuelo, como ya hemos dicho á nuestros lectores, merced á sus acertados pasos, habian llegado á descubrir que el manolo herido en la calle del Povar no era otro que D. Andrés de Salcedo, y el alcalde de barrio habia escrito á D. Jerónimo noticiándole que el jóven por quien se interesaba habia sido hallado en casa de una manola de Lavapiés, que le habia recogido gravemente herido delante de su puerta, y vestido, no se sabia por qué, con un traje de *majo*.

Feliciana á esta nueva se hizo la siguiente pregunta, á saber: si una jóven prometida podia ir á ver en compañía de su padre ó de otro pariente respetable á su futuro, peligrosamente herido. ¿No era una cosa impropia el que una señorita bien educada viese prematuramente á un hombre en la cama? Este espectáculo, por más que lo hiciese casto la santidad de la enfermedad, ¿no era de los que debia rehusar una vírgen pudorosa? Pero, sin embargo, ¿y si Andrés se creia abandonado y moria de pena? ¡Oh, no, seria una cosa bien triste!

—Papá, dijo Feliciana, será preciso que vayamos á ver al pobre Andrés.

—Con mucho gusto, hija mia, respondió el bueno de D. Jerónimo; iba á proponértelo.

VIII.

Gracias á su buena constitucion y á los cuidados de Melitona, Andrés comenzó á adelantar notablemente en su curacion; pudo hablar y sentarse un poco sobre la cama; al querer darse cuenta de su situacion se halló bastante embarazado.

Presumia que su desaparicion debia haber producido en Feliciana, D. Jerónimo y sus amigos una inquietud que se reprochaba no hacer cesar, y, sin embargo, no se daba gran prisa en hacer saber á su novia que estaba en casa de una linda jóven, por quien habia sido herido. Esta confesion era difícil, y no obstante era imposible no hacerla.

La aventura habia tomado proporciones dife-